

# Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

## MEMORIAS

### I

#### **Alonso Vázquez, soldado e historiador.**

##### Investigaciones históricas.

Aficionado de toda mi vida a las cuestiones que se relacionan con el *Arte de la Guerra*, y amante por mi profesión de la Historia, escribo como modestísimo cultivador de ella, por verdadero solaz, y en esta ocasión lo hago para pregonar la gloria de ilustres *capitanes toledanos* relegados al olvido, presentando señaladamente la fisonomía moral de uno de ellos, famoso soldado e historiador poco conocido de sus conterráneos, *Alonso Vázquez*, descendiente de aquel «género de milicia o gente de guerra, de que ni antes ni después ofrece ejemplo la historia.»

..

La historia patria, célebre en todos los tiempos, tomó colosal forma desde los comienzos del siglo XVI, el más famoso y grande de cuantos constituyen la época moderna, por el derroche de sangre y bizarrías que España lanza por doquier. Se abrió para nosotros, la escuela de Italia, con el gloriosísimo caudillo Gonzalo de Córdoba, y las figuras de Pedro Navarro, Paredes, Leiva, Alarcón y otros más. La conquista de Nápoles dió a conocer lo que valían estos hombres de guerra, que picaban en héroes, luchando fuera de España, y a muchos de los cuales, sirvió de fecundísima enseñanza la guerra de Granada.

Lanzadas nuestras tropas a la conquista de inmensos imperios fuera de Europa y dentro de ésta, innumerables las empresas acometidas, no son de extrañar las trabas y escollos que se oponían en cualquiera comarca al dominio de España, que hacía sombra a las demás monarquías; ni es de sorprender que se fiara a las armas la solución de las cuestiones que se ventilaban, enlazadas y confundidas con la bandera de la rebeldía.

Pero, fué en Flandes, donde por lo más largo y porfiado de las guerras, el más duro pelear, y los variadísimos episodios y alcances, lucieron más el valor y la fortaleza y se realizaron increíbles prodigios; donde se formaron más ilustres guerreros; donde el Arte militar fué más brillante y tuvo su renacimiento, y donde, en fin, a la par que surgían los genios, estrellábanse los prestigios mal consolidados.

Eran los Países Bajos, tablero militar de cielo nebuloso y triste, más propio para empresas de meditación y recogimiento, que para acciones bélicas; su mar azotaba la estéril costa; sus praderas, bordeadas de pantanos, estaban defendidas del atropello de las aguas por innumerables diques; por sus grandes corrientes de aguas, surcaban productos, ideas, enconos y rebeldías, y sus hombres eran tenaces, independientes y fieros, avezados a luchar con tantos obstáculos. Enclavados en el corazón de los más poderosos estados europeos, constituían una amenaza para todos ellos, eran valioso patrimonio por su florecimiento y riqueza, manantial pingüe para sus príncipes, monopolizaban el comercio del continente, y en fin, poseerles equivalía a prevalecer en Europa.

Mirados por Carlos V con benevolencia excesiva, dieron de indocilidad muestras, por índole y temperamento de raza, antagonismos existentes entre españoles y flamencos, modo de ser político, ambiciones y descontento de la nobleza, revolución de ideas por la propagación rápida de doctrinas heréticas, y la esperanza de la libertad patriótica. Hostiles al severo y prudente Felipe II, rompieron los lazos de la disciplina que les añudaba, y al dictar reprensión dura, allá van los nuestros bravos, aventureros y generosos, con ansias de grandeza, con la fe y el orgullo de la raza, formando un pequeño ejército confiado al Duque de Alba, primero, y a D. Juan de Austria, Requesens y Farnesio más tarde.

Los gigantescos hechos e increíbles hazañas que lleva a cabo el soldado, señalan en la Historia de España una época fecunda y

gloriosa. Ya se había formado en las guerras de la Reconquista y de Italia el nervio guerrero de los españoles, mas aquí, se consagra el *siglo de oro* de la guerra, en la cual, si las batallas campales no son numerosas por la naturaleza y accidentes geográficos del teatro en que se desarrollan, el vacío se llena con ofensivas audaces, concepciones altamente estratégicas, marchas sabias, expediciones atrevidas, estratagemas y ardidés, ataques y defensas de plazas, y mil hechos heroicos increíbles, como «cruzar los brazos de mar casi desnudos, entre las sombras, a presencia de las armadas enemigas; coronar los diques con la espada en la boca, perecer, si esto no era posible, en los remolinos y en los abismos, o arrastrados por las mareas altas; y en suma, hacer frente al hierro, al fuego y a las olas», como Barado escribe.

Lo que no consiguieron el enérgico Duque de Alba, ni el arrojado D. Juan de Austria, ni Requesens con su talento y buena voluntad, iba a lograrlo Alejandro Farnesio; técnicamente iba a proclamar, desde Flandes, su genio militar, después de sus hábiles campañas del Mosa, después de acorrallar a sus enemigos en el Brabante, y penetrar en el corazón de Flandes, y señorear el Escalda, y conquistar Amberes..... mientras el famoso toledano Verdugo, se sostenía con grandes bríos en el alejado rincón de la Frisa.

A la guerra, considerada hasta fines del siglo XV como expresión simple del valor, como el arranque del hombre que concibe y ejecuta abandonado a sus ímpetus e instintos, ahora, el genio la cultiva como arte, la estudia como campo de combinaciones grandiosas, y como una de las disciplinas de la humana inteligencia, a cuyo desarrollo concurren tantas ciencias.

Referir estas luchas requiere altas dotes de inteligencia y observación; gran suma de estudios y exquisito gusto filosófico y artístico. Alonso Vázquez, decía, que para escribir sucesos tan graves y dificultosos era necesario otro más sutil ingenio que el suyo, y, sin embargo, dejó satisfechos a todos, y agregaba, que «se daría por bien empleado si supiese que con ellos ha puesto la ocasión a levantar los ánimos a las personas ociosas de nuestra nación para que se inclinen a el arte militar, que tan perdido y arruinado está: pues no hay estado de gente más olvidada en España y de quien menos estimación se haga que de los soldados, cosa tan contraria a la antigua y verdadera nobleza.»

Y si en esta ocasión me envanezco evocando las glorias que

van anexas al imperio y supremacía del *Arte militar*, ¿por qué llevado de fogosidades inherentes a todo lo que es hermoso y grande, porque deslumbra y fascina, no he de recordar que con nuestras llamaradas de prestigio y de grandeza resplandecían las de nuestros novelistas, poetas, historiadores, moralistas y místicos, y el arte engalanaba y embellecía el cuadro que ofrecíamos, parodiando a distinguido escritor?

Los españoles entonces, a fuer de poderosos y preponderantes, dábamos el tono al mundo; porque, como escribió Almirante, donde España no llegaba victoriosa con la punta de la espada, hacía llegar sus efluvios de gloria, sus alcances diplomáticos, sus caballerosas ideas, sus modas, sus letras, su idioma. Se aprendía nuestra rica y sonora lengua; el gusto era más depurado; mayor el arte; vivo el estilo; de brillo y color la pintura, y más recio el corazón. Es el magnífico y brillante período del Renacimiento, encarnado en la figura de Carlos V, que le inaugura; es el siglo de España, como el de Pericles con Grecia, el de Roma, con Augusto; el de Inglaterra, con Isabel; el de Francia, con Luis XIV; cantaba las glorias de la Patria el divino Herrera, el noble Ercilla y los fecundos Lope y Argensolas; las narraban Hurtado de Mendoza, Avila y Zúñiga, Mariana, Bernardino de Mendoza, Coloma y Alonso Vázquez; las perpetuaban en lienzos, mármoles y tejidos, los más geniales artistas de Italia, Flandes y Alemania; circulaban nuestros magistrales libros modelos en todas las disciplinas del humano saber; se imitaban nuestros poetas, se copiaban nuestros grandes filósofos y teólogos, y nuestros místicos se admiraban mereciendo universal fama.

La exposición de todos estos extremos de tanto brillo, ha servido a insignes pensadores y sabios críticos de nuestros tiempos, para lucir las galas de su entendimiento, de su investigación y de su pluma, poniéndonos bien claros quiénes fueron hombres tan insignes que tienen en España su cuna.

¿Y nuestros soldados? Nuestros soldados combatían a mano con todo el mundo, y a la vez que reducían con las armas, la defección y la herejía de los enemigos, deleitaban como novelistas, como historiadores, como poetas, como simples preceptistas; el tino en las sentencias, la nobleza en las arengas, la fidelidad en los retratos, la verdad en la exposición, es el sello de sus obras, porque dieron a luz lo que vieron, lo que hicieron y lo que concibieron.

Las armas, las letras y las artes, vivían mezcladas; los asuntos místicos y bélicos, confundidos; los grandes ingenios españoles o eran militares o religiosos. Cuanto más activa era la guerra, menos ociosa permanecía la pluma; al compás que las armas alcanzaban más señalados triunfos, mayor era la perfección, como si los acontecimientos militares, verdaderamente pomposos, por su rareza, grandiosidad, ruina y espanto, imprimieran más viveza y elegancia a la expresión; más valentía y solidez a los pensamientos, mayor fuego al alma y mayor sentido y profundidad a las sentencias, haciendo brillar con otro sello, a narradores, moralistas e historiadores. Así tiene que acontecer, que la guerra tiene en el sentir, pensar y querer de los pueblos y de los hombres, poderosa y vivificadora influencia, si al combatir por la Patria, se va a la lucha con la fe en Dios.

El tipo del soldado español en estos brillantes tiempos está soberbiamente retratado por el manco de Lepanto. «No hay ninguno, escribe, más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde o nunca, o a lo que garbear con sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia, y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de la inclemencia del cielo, estando en campaña rasa con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza.»

En luchar corajudamente, tienen aquellos *señores soldados* puestos todos sus anhelos; el pelear es su descanso; las armas sus compañeras; la guerra romántica, sin premio ni recompensa, la guerra por la gloria y por el honor, eran el móvil que alistaba a jóvenes de la primera nobleza, a caballeros del hábito de Santiago y Alcántara, a títulos de Castilla y a hombres versados en letras.



Toledo ilustre por su Historia, era ilustrísima en este siglo XVI, como escribe el Conde de Cedillo, por los merecimientos de sus hijos. Y si espanta el ánimo al considerar el número y calidad de escritores que produjo, como militares, ¿qué figuras se destacan? Ahondando en las historias y papeles viejos que de las cosas toledanas tratan; escasísimas huellas han dejado los caudillos de Flan-

des, que me envanezco en resucitar. Los toledanos recuerdan estos tiempos al insigne Garcilaso de la Vega, el Príncipe de la lírica española, el poeta clásico, por excelencia, y al poeta y soldado Eugenio Gerardo Lobo, el *capitán coplero*, como le denominaron sus coetáneos.

Pero, ¿quiénes han pregonado las hazañas de esclarecidos militares toledanos, como el Maestre de Campo D. *Gabriel Niño* (1), consejero de Guerra de D. Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, el cual fué asombro de rebeldes en Flandes, maestro de la guerra que dió ejemplo a todos los Ejércitos de España, muy gran caballero, Maestre de Campo general en Portugal y Capitán General de Orán? ¿Y las del Mariscal de Campo D. *Francisco de Padilla* (2), al que igualaron pocos en Flandes y Francia como Capitán de lanzas, «una de las mejores que en su tiempo hubo, y que peleó con gran tesón en la admirable campaña de 1592? ¿Y las del Capitán entretenido D. *Pedro de Castro*, gran privado de Farnesio, Gentilhombre de su Cámara y criado antiguo de su Casa, Gobernador de importantes villas, que desempeñó arriesgadas comisiones, que era «uno de los españoles más bien quistos que había en Flandes, siendo Procurador de todos los soldados? (3)

Para abrillantar todavía más la figura de este Capitán, presentaré el cuadro de suave y perfumado ambiente religioso que a él se debe. Cuando en el año de 1583 se ganó la villa de San Gislén, supo de un español, que hacía muchos años vivía entre los burgueses, que el cuerpo de la gloriosa virgen y mártir Santa Leocadia estaba en la muy rica abadía de monjes Benitos de esta villa, y fué quien pidió con grandes encarecimientos a Farnesio, procurase que el cuerpo de la gloriosa Santa, nacida en Toledo y Patrona suya, se llevase a ella. Merced, pues, a sus gestiones, la Imperial Ciudad rescató a su celestial Patrona, que si hasta aquellas fechas fué venerada por el Ejército en Flandes, es al poco tiempo para este pueblo, entre luces y flores, el desate de amor delirante, la explosión de fe ardiente y el desbordamiento de entusiasmo que provocan la llegada de sus cenizas.

¿Conocen los discretos y nobles varones de Toledo a los capitanes de lanzas D. *Rodrigo Laso* (4), muy ilustre por su título, del Consejo de Guerra en Flandes, preso en Inglaterra cuando la jornada de la *Invencible* en 1588, y rescatado por Alejandro al que sirvió cerca de su persona sin cargo; a D. *Martín de Ayala*, bizarro caballero del hábito de San Juan; al valeroso D. *Juan García de*

Toledo; al valiente y bizarro *D. Luis de Avalos*, herido en el sitio de Amberes; a *D. Alonso de Vargas*, que murió de Alcaide y Gobernador de Melilla; al animoso *Luis de Herrera*; a *Alonso de Avalos*; al Capitán y Sargento Mayor *D. Martín de Rivera*; al esforzado *Gaspar Alvarez*; al Capitán de arcabuceros *D. Andrés de Castro*; al Alférez *D. Luis de Aguirre*, «que en muchas ocasiones de Flandes y Francia se señaló y aventajó más que otros, con tanta bizarría y denuedo; como de un tan gallardo soldado se podía esperar» y que llegó a Capitán entretenido cerca de la persona del Virrey de Cataluña; a *D. Juan González de Reaza*, soldado del Capitán Hernando de Isla, en 1590 Capitán, y más tarde Sargento Mayor de un Tercio de Infantería española, y significado como muy valiente y acreditado soldado; a *D. Francisco de Espinosa*, soldado antiguo de los del Duque de Alba; al Capitán *D. Luis de Herrera*, valiente y de opinión; a *D. Andrés de Espinosa*, Sargento Mayor del Tercio del renombrado Pedro de Paz, y Alférez que fué de la compañía de Pompeo, «famosa por haber sido toda de mosqueteros y no haberse conocido otra», muerto en el sitio de Amberes, y al Capitán *D. Pedro de Vargas*, que tomó parte en las muy reñidas y sangrientas escaramuzas del Bearnés?

¿Y qué decir del Alférez *Pedro de Avalos*, que peleó con mucha gallardía en la sangrienta batalla del contradique de Amberes y fué herido; y del soldado *Alonso de Mesa*, valeroso en la anterior función de guerra y que es en 1624 Capitán y Sargento Mayor en Pamplona; y del soldado *Juan de Aguilar*, que en los últimos asaltos a la fortísima villa de la Exclusa, peleó con mucho valor, y le cupo gran parte de la rendición de la plaza? (5).

Es menester examinar copiosa bibliografía y buscar el documento, la carta y el libro didáctico, materiales todos ellos que ofrecen detalles y notas interesantes para conocer la fisonomía de esas bizarras figuras que hoy nos asombran, como asombra la gloriosa época que las dió vida. A todos esos toledanos, a todos esos excelentes soldados, Farnesio crió y levantó; fueron *hechura suya*, y aprendieron la guerra, en la escuela militar de Príncipe tan valeroso. Afortunadamente, es hora de honrar la memoria de aquellos militares que con luz pura y suave, iluminaron el rico abolengo toledano.

¿Y qué decir del soldado e historiador Alonso Vázquez? ¿Quién es y cómo fué?

La figura de tan excelso soldado e historiador, prez y gala de

las Armas y las Letras, que empuñó la pica y narró las épicas hazañas de sus camaradas, perpetuando con rara unción las glorias del Ejército, y el poderío que alcanzó la Patria, es poco conocida en la Historia de Toledo. Un importantísimo y precioso Códice conservado en la Biblioteca Nacional, con el título de los *Sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnesio*, es quien ha resucitado a este clásico historiador de esta famosa época, y al cual, por pasarles desapercibido aquel documento no mencionan, ni el *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos* del insigne Gallardo, ni los apuntes para una *Biblioteca científica española del siglo XVI* de Picatoste, ni se encuentra entre los historiadores en el *Inventario bibliográfico de la Ciencia Española*, del portentoso Menéndez y Pelayo, ni entre los escritores que D. Manuel Juan de Diana incluye en su obra *Capitanes ilustres y revista de libros militares*, ni en las obras de D. Evaristo San Román.

El sabio Almirante, en su *Bibliografía militar*, sin comentario alguno, menciona *Los Sucesos de Vázquez*; para los historiadores toledanos ha pasado desapercibido; solamente el Conde de Cedillo, en su discurso de ingreso en la Real de la Historia, magistral estudio de *Toledo en el siglo XVI*, escribe: «Otros dos historiadores nacidos en la ciudad Imperial he de mencionar más especialmente, ya que olvidados hasta aquí por sus conterráneos, es justo que ocupen el puesto que les corresponde entre sus compatriotas distinguidos. Es uno el Capitán Alonso Vázquez, soldado valeroso que después de señalarse mucho y derramar su sangre por la Patria en las guerras de Flandes y de Francia, supo narrar en castizo estilo los acontecimientos de aquellas campañas en su libro *Sucesos de Flandes y Francia*. El insigne historiador militar Barado, le llama el «valiente y piadoso Vázquez» y le dá a conocer brillantemente en su obra consagrada a la *Literatura militar*.

El genial y sabio lingüista Cejador, en su obra de la *Lengua y Literatura Castellana*, tomo IV, consagrado a la época de Felipe III, escribe: «Alonso Vázquez, de Toledo u Ocaña, Capitán, Sargento Mayor de la milicia de Jaén, escribió *Los Sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnesio* (1614), impreso en *Documentos inéditos para la Historia de España*, y Salcedo, en el tomo II de su *Literatura española*, de reciente publicación, también escribe: «Más jugosa y entretenida para lectores profanos en el arte de la guerra, es la obra del Capitán Alonso Vázquez. Los *Sucesos de Flandes y Francia*, etc., es menos conocida que la de

Mendoza, por haber permanecido inédita durante siglos, hasta que fué publicada en los tomos de la *Colección de documentos inéditos.*»

\*  
\*\*

Por extremo interesante, es hacer la biografía de este soldado e historiador que, en ambos conceptos, tiene relieve extraordinario, y para conseguirlo, es menester penetrar en la entraña de sus manuscritos, o en los macizos volúmenes LXXII, LXXIII y LXXIV de la *Colección de documentos inéditos.*

Toledo fué su cuna; y aun cuando en un pasaje de su obra manifiesta ser natural de Ocaña (toledano, al fin), la contradicción es aparente. Vió la luz primera, en los comienzos de la segunda mitad del siglo XVI, en 1557, cuando todo en España era grande; sus dominios, dilatados; sus riquezas, pasmosas; su poderío militar y político, asombrosos; sus conquistadores y descubridores, estupendos; sus santos, muchos; sus capitanes, famosos; sus diplomáticos, célebres; sus filósofos y teólogos, asombrosos; y sus humoristas, dramaturgos, poetas, noveladores, pintores, escultores y arquitectos..... dignos de esta gloriosa época. Su partida de bautismo, la debemos a la diligencia y amabilidad del distinguido párroco D. Clemente Ballesteros. Así reza: «Alonso, miércoles XXI días del mes de julio del dicho año, se bautizó Alonso, hijo de Alonso Vázquez y de su mujer María de Vargas, compadres del señor Domingo de Ayala y doña Francisca de Alarcón, y testigos Diego Ramírez y Mencía de Guillén.—Jerónimo Montero.—Rubricado.—Libro I al folio 44.»

Para el aprecio debido de este interesante documento, conviene indicar que, Toledo en aquel período, era la fastuosa Corte de la Monarquía; la ciudad imperial por antonomasia; el núcleo nobiliario por excelencia; el centro de solariegas casas, albergue de hidalgas familias, que vivían orgullosas con la gloria de los blasones que ostentaban. Las personas de otra calidad y grados, aquí estaban, como al presente acontece, moralmente apartados de aquellos otros de casta superior.

¿Rodeó, a la familia de nuestro biografiado, la aureola que presta la sangre a la posición social? Conjeturemos, en este concepto, que son muy significativos los apellidos de Vargas, de Ayala y de Alarcón, que ostentan la madre de Alonso y de sus compadres; las historias genealógicas de esos apellidos, entonces

en la ciudad arraigados, eran propios de la nobleza toledana, y comunes en familias ricas e hidalgas. Con el distintivo de *doña*, en este siglo, se nombraba a las mujeres de calidad; el de *señor*, era un título para los hombres.

Para ser empleados en documentos de esta índole, era menester usarles como consecuencia de poseer ejecutorias de calidad. El apellido de Ayala, que lleva el padrino de nuestro biografiado, es de esclarecido linaje, aunque no tenga parentesco con la célebre casa toledana de los Ayalas, que nos hace recordar la terca rivalidad existente, ya desde tiempos anteriores a Enrique IV, entre las dos principales familias, de los Ayalas y Silvas, que dió margen a la hermosa tradición titulada *El Cristo de la Misericordia*, la cual tuvo sangriento y milagroso desenlace en la plazuela de San Justo. Los de Alarcón, Ramírez y Guillén, son de nobleza calificada. El de Vargas, que lleva la madre de Alonso, es de ilustre linaje; los Vargas acompañaron al Rey D. Alfonso VI a la conquista de Toledo en 1085 y fundaron el lugar de Vargas, primitivo solar de los Vargas toledanos. Alonso Vázquez, su padre, tenía casa solariega en la parroquia de San Nicolás, según consta en *El Memorial de algunas cosas notables, que tiene la Imperial ciudad de Toledo*, y que fué dirigido a D. Felipe de Austria por D. Luis Hurtado Mendoza de Toledo, en el año de 1576 y conservado en la Biblioteca del Escorial. En esta parroquia estaban también las casas del Mariscal de Novés, D. Juan de Rivadeneira, del jurado Martín Fernández, de Ramírez de Madrid, de Sánchez Hurtado y de Garci Laso de la Vega.

Era corregidor de la ciudad al nacer Alonso Vázquez, el Licenciado Juan Bello, y Arzobispo, el célebre Fray Bartolomé Carranza de Miranda. Toledo participaba todavía de las emociones que embargaban al mundo, por la renuncia de Carlos V en favor de Felipe II, su hijo.

De niño, en esta Imperial ciudad, aprendió la hidalga caballeridad de sus mayores; deslizó su vida, en la señorial morada, a la sombra de tantas familias que ostentaban ennoblecida su condición linajuda, entre las suntuosas fiestas de la Corte y las que hacían los muy nobles caballeros de la ciudad, con ocasión de entretenimientos, para significar grandes gozos o para celebrar sonados acontecimientos, Cabildos, concejos, hermandades y gremios, tenían aquí ancho campo de ostentación. De mozo, galanteó en Toledo, como de Alférez galanteara en Flandes, y cuando mayor

era el dulce soñar de su mente, y mayores sus regodeos, dejó la la comodidad, y fuese a tierras de Italia primero, y a tierras de Flandes después, siguiendo a la juventud hidalga, que corría a las filas de la inmortal infantería, en la que servía *en aquel tiempo la gente más particular*, según escribe, y bajo las banderas de uno de aquellos afamados *Tercios viejos*, los cuales eran el nervio y nucleo del ejército.

Quince años tenía Alonso Vázquez, cuando el Rey D. Felipe el Segundo (año de 1572), adoptó un acuerdo que fué el complemento de la creación de las milicias locales, resuelto siete años antes, en 1565. El distinguido Académico de la Historia, Conde de Cedillo, en su obra ya nombrada, escribe, que gran parte de la nobleza por estímulos de la vida regalada, y con la continuidad de la paz interior, habíase dado al ocio; Felipe II con sabia política escribió a las ciudades del Reino, y a Toledo entre ellas (6 de septiembre), encargando se formaran cofradías de caballeros para adiestrarse en el arte bélico, debiendo ordenarse fiestas de justas y torneos, juegos de cañas y prácticas militares de varia índole. Toledo acató y cumplió el regio mandamiento, y lo que es más, reunió su nobleza, ofreció en nombre de la ciudad armas, telas y premios a los caballeros que sobresaliesen en tan útil y generoso ejercicio.» Nuestros gloriosos triunfos, debieron renovar entonces muchas voluntades y aficionar grandemente a los toledanos, hacia el egregio príncipe, alistándose en estas cofradías. ¿Cómo no suponer que Alonso Vázquez perteneció a una de ellas, llevado de su sangre moza, arrebatado por el orgullo y sentimiento de la Patria, impresionado profundamente por el aparato que se desplegaba, el más a propósito para herir la imaginación y exaltar la fantasía de un joven hidalgo con aficiones caballerescas y guerreras en esta edad de dieciocho a veinte años? El tráfago de la guerra requería y embargaba a la gente moza de estos tiempos. «La juventud hidalga dejábase arrastrar por aquel viento de aventuras heroicas, conquistas portentosas y hazañas estupendas, e íbanse a tierras lejanas a satisfacer el ansia de pelear.» Entonces, los hidalgos, los más escogidos, los más limpios, y Alonso Vázquez, entre ellos, eran el nervio de la Infantería, la del soldado era una profesión, *religión de hombres honrados*, como la calificara Calderón de la Barca; una verdadera carrera, senda de la fama y de los honores, en la que se alistaban los jóvenes *por vivir e ganar honra en ella*, como escribió Núñez de Alba en aquellos

tiempos. Para la jornada de Flandes, decía el gran militar Duque de Alba al Rey, han salido muchos caballeros españoles, y otros capitanes y gente honrada, soldados muy beneméritos.

¿Cuándo hizo sus primeras armas como soldado?

En la edad más propia para ejercer este oficio: en la de dieciocho a veinte años, y milita como *el más propio y mínimo soldado* del ejército de Alejandro Farnesio, *del cual es hechura*, como escribe en sus *Anales*, y del cual lo fueron asimismo todos esos caudillos, sargentos mayores y capitanes toledanos ya nombrados.

Desde Toledo, nuestro biografiado partió para Italia, y desde aquí llegó a Flandes en marzo de 1578—fecha en la cual comienza la gloriosa campaña de Farnesio—con D. Alfonso Martínez de Leiva, capitán famoso, con una compañía de españoles, que a su costa levantó en Nápoles de más de 300 hombres, todos los más caballeros y entretenidos capitanes, alféreces y aventajados, yendo con él su hermano D. Sancho, sargento de ella. La bandera de esta compañía era toda negra con su cruz roja de Bergoña. Tenía en una cara de su paño, un Cristo grande crucificado, y en la otra, una imagen de Nuestra Señora.

Ascendido el valiente y gallardo D. Sancho a capitán en fin de 1578, Alonso Vázquez pertenece a tan honrada y famosa compañía, en la que *todos los soldados eran particulares y escogidos*, como nuestro biografiado escribe, y en ella aparece peleando animosamente en el memorable sitio de Maestrích, primer hecho de armas importante que llevó a cabo Farnesio, y que terminó después de cuatro meses por un terrible asalto victorioso el 29 de junio de 1579.

Los *Anales* de Alonso Vázquez, señalan los acontecimientos que se presentaban bajo el mando de caudillo tan insigne, con gran claridad histórica, y permiten seguir los más reñidos encuentros en las jornadas más decisivas y en los más célebres sitios. Señalaremos únicamente los más principales, para poner de relieve a nuestro héroe.

En 1584, tiene lugar un episodio que llamó extraordinariamente la atención y fué celebradísimo porque dió gallarda muestra de este soldado toledano.

A dos leguas del lugar del Duque de Cleves se hallaban los rebeldes; algunas fuerzas de otras compañías y con el Alférez de la de Vázquez, Juan Pelegrín, salieron en su persecución, sorprendiéndoles en el momento en que estaban descansando; en la plaza

del lugar se encontraron ambos bandos, donde comenzaron a pelear valerosamente. «El Capitán Bartolo, por sobrenombre *Brazo de hierro*, que era de los rebeldes, iba delante bien armado y con gran confianza de romper y desbaratar los españoles que en aquella ocasión se hallaban, y al tiempo que quiso hacer suerte con ellos, estaba tan cerca de él el soldado Alonso Vázquez, que le dió un alabardazo en los pechos, y el Sargento Juan de Ayerbe le asegundó otro en la cabeza que le derribó del caballo, y entre los dos le acabaron de matar. Los rebeldes, viendo a su Capitán en el suelo, comenzaron a desmayar y se retiraron a la campaña.

Los españoles les fueron siguiendo hasta echarlos del lugar, y a la salida de él había una gran barrera en un camino real por donde habían salido; el Alférez Pelegrín hizo cerrar la barrera que atravesaba toda la boca de la calle que miraba a la campaña, y puso en ella de posta a Alonso Vázquez; los enemigos se resolvieron a volver al lugar a recuperar lo que habían perdido, y cerrando su tropa y a toda furia con la barrera, la defendió solo el toledano soldado raso.

En agosto de este año la compañía de caballos ligeros españoles del muy notable Maestro de Campo D. Pedro de Paz, pasó a la propiedad del Capitán de Alonso Vázquez, D. Sancho Martínez de Leiva, y la de éste queda a cargo de su antiguo Alférez D. Juan Pelegrín.

Entramos en la operación militar más gigantesca del siglo XVI, consistente en expugnar a la plaza de Amberes, centro de la insurrección, residencia de su Gobierno, ciudad la más importante del país, por su población y su riqueza. Monografías y obras excelentes se han escrito acerca de esta empresa, entre ellas la de nuestro insigne Barado, pero en el día, el historiador que pretenda profundamente estudiarla, debe acudir a la de nuestro Vázquez, por la amplitud y conocimiento militar con que la trata.

Situada la plaza en la orilla derecha del Escalda, ancho y caudaloso en aquél sitio, contaba a más de las condiciones de su situación y fortificaciones, con el concurso de las flotas de Holanda y Zelanda y la comunicación con Inglaterra. Farnesio sólo disponía para atacarla de 10.000 infantes y 1.500 jinetes españoles, italianos, valones y alemanes.

La empresa parecía quimérica; juzgábase imposible cortar las comunicaciones marítimas para privar a los rebeldes de toda clase

de recursos, y era peligroso emprender el sitio teniendo a la espalda plazas importantes. Resolvió Farnesio comenzar el sitio. Se hicieron obras gigantescas, admirables, que causaron asombro en Europa; trabajaron los españoles dentro del agua; desde la plaza se intentaron mil ingeniosos medios para deshacer las obras de los nuestros, ya enviando buzos, ya disponiendo arietes, ya discurrendo máquinas infernales, como embarcaciones de fuego, que se lanzaban a estrellarse contra aquéllas. Una de ellas, preñada de una grande mina y máquina que tenía, reventó con tan grande estrépito, que pareció hundirse el mundo. Aquí murió el muy valiente y acreditado soldado de Toledo Andrés Espinosa. Perecieron más de 800 soldados y muchos oficiales y caballeros. La confusión fué tremenda, pero, escribe Alonso Vázquez, «la devoción que Alejandro tuvo, fe y esperanza en la virgen y mártir Santa Leocadia, patrona de Toledo, abogada suya y de todo el ejército español, le sacó de aquel miserable conflicto.»

La intervención de Alonso Vázquez en todo el sitio como soldado raso, es gloriosa, y gloriosísima para aquellos soldados «que con las espadas en la boca se arrojaron a nado tras los rebeldes y llegaron a los navíos, y subiendo por las jarcias y como podían, rindieron a los que gobernaban, y entraron dentro y se apoderaron de ellos. Sólo la nación española podía hacer esta fiereza. Puedo asegurar, que es cosa jamás vista, que soldados nadando aborden con los navíos y los rindan y saqueen.»

Fuó extraordinario el júbilo que produjo la toma de esta ciudadela, «la mejor y más acabada que había en el mundo entero», como diez años antes, escribió Requesens a Felipe II. Después de Farnesio, es la figura de Mondragón la más grande del Ejército en esta memorable empresa.

Hazaña insigne y heroica es la que realiza en Holanda en abril de 1586, nuestro biografiado.

Farnesio había dispuesto, que Carlos de Mansfelt emprendiese el cerco de Grave, plaza importante situada sobre el Mosa; los ingleses estaban adueñados del dique y Castillo de Balemurque, desde donde podían socorrerla, así como de algunos diques y pasos del río; trabáronse escaramuzas importantes, peleóse con gallardía y brío para ganar las trincheras enemigas, y se obtuvieron pequeños éxitos; rehechos los rebeldes al amparo de socorros que recibieron, cargaron a los españoles, los cuales tuvieron que retroceder con gran desorden, perdiendo todo el terreno ganado

y algunas banderas. «La que estuvo casi perdida fué la del Capitán Baltasar de Hortigosa, porque el Alférez que la llevaba desplegada y sobre el hombro, dió una caída, y queriéndose levantar con ella, se le asió el tafetán a una espuela, no pudiéndola desasir ni levantarse; llegaron los rebeldes sobre el Alférez para quitársela y matarle, pero el Sargento de Hortigosa no se había apartado de su Alférez, ni tampoco Alonso Vázquez, soldado de la misma compañía, y la defendieron; y viéndose apartados de los muchos rebeldes que cargaban sobre ellos, levantó el Sargento la bandera y la comenzó a defender con mucha gallardía, pero costóle la vida. *Alonso Vázquez que no atendió sino a defender la bandera de su compañía, cerró con ellos y se la quitó y dió buen cobro della, y salió herido de un picazo.*»

El clásico Estrada, al narrar este heroico hecho, escribe que en ninguna parte se encendió más agriamente el combate que sobre la bandera de Hortigosa. Al Alférez de este capitán habían rodeado los ingleses, pero él se defendía a sí y a la bandera con honor. Pero cae en tierra, se apodera el enemigo de la enseña, se la arrebatan, y acosado nuevamente, perdió la vida y la bandera. La muerte de Vega no espantó a Vázquez por vengar a su camarada y volver ansioso por la honra española, abrazando fuertemente al inglés, hiriéndole y siendo de él herido no le sacase de entre las manos con violencia feliz la bandera y la restituyese a su Capitán hecha pedazos y ensangrentada.

Los españoles se van aproximando a Grave y deciden asaltarla. Es el día del *Corpus Christi* el designado. 50 soldados escogidos de todos los Tercios españoles, se apoderan del rebellín después de encarnizado combate, mas no pudiendo sostenerse en él, ordenó Alejandro la retirada. Alonso Vázquez, fué uno de los distinguidos en el encuentro, como lo fué en octubre, peleando pica a pica con su capitán en la primera fila, en el asalto a la villa de Zulfen.

En 1587, la flor y nata de la vieja compañía de Hortigosa, porque los soldados eran los más viejos y aventajados, pasó al Capitán Juan de Zornoza y Guizasa; este Capitán había servido en Flandes de soldado y Sargento de Pedro de Paz muy acreditadamente, y por su ánimo y prudencia, Farnesio le hizo merced de las reliquias de D. Alonso, de D. Sancho y de Hortigosa. Unos pocos soldados, entre ellos Alonso, pasaron a la del Capitán don Luis Godoy, y con él toma parte en el asalto al fuerte de la Cabe-

za, en la que perdieron muchos la vida y otros quedaron presos. El Capitán Godoy fué uno de éstos, y quedó muy mal herido, muriendo poco después en la villa de Bergas Olzon (1589).

A fines de marzo aparece nuestro biografiado ascendido a Sargento, después de once años de soldado raso, debiendo advertir, que el Sargento, único entonces en cada compañía, se consideraba como Oficial menor de ella. Tan honrosa distinción hace decir a Alonso Vázquez, «fué hechura de Alejandro porque le hizo Sargento de una compañía que estaba sin Capitán ni Alférez, y tuvo el gobierno de ella hasta que se reformó con las demás del Tercio del Maestre de Campo D. Sancho Martínez de Leiva, y estimó en más ser Sargento por su mano, que capitán por la de otro cualquier general.» Prueba que merecía el aprecio de este caudillo, el cual atendía al mérito personal de los soldados que se adelantaban.

Las aventuras, servicios y proezas, son de todos los días en Flandes; en agosto dió Alejandro orden a los Tercios españoles, para que una parte de ellos, formando buena escolta de todas las naciones, fuese a Amberes con dinero para socorrer a la infantería; nombráronse tres compañías de cada tercio, yendo por cabo de todas Gonzalo de Luna, y el sargento Alonso, que tenía a su cargo la compañía, iba haciendo oficio de Sargento Mayor de todas estas tropas. También estuvo en la isla de Bomonel, de imborrable recuerdo en los fastos religiosos de la Infantería española, por ser el origen del Patronato de la Inmaculada Concepción, episodio singularísimo que describe hermosamente Vázquez.

En 1590, ascende Alonso Vázquez a Alférez de la compañía de Hernando de Isla, y con este empleo, peleó con su capitán valerosamente, con otros camaradas toledanos, en la sangrienta empresa de Corbel. El Alférez, era el hombre de confianza del Capitán, y como escribe Clonard, debían ser dispuestos y gallardos para abatir la insignia con gracia y donaire. Fué esta empresa de Corbel, plaza muy fuerte, situada en las inmediaciones de París, en las márgenes del Sena, una gloriosa página más en la historia de estas guerras. Había que expugnarla para limpiarla de enemigos. Los tercios españoles arremetieron contra las baterías enemigas después de un sitio en regla, se tendieron puentes, se construyeron trincheras y tuvieron lugar cien escaramuzas, antes de dar el asalto. En uno de los reconocimientos cayó muerto, rodando la batería abajo, el Alférez Juan de Aguilar, toledano, que

había subido por la batería enemiga bizarramente, y con mucho ánimo y osadía; la compañía de arcabuceros de Vázquez, había de arremeter en vanguardia, y todos, a una, dieron el asalto y pelearon valerosísimamente.

En las admirables campañas que dirige Alejandro Farnesio en Francia, de 1591 y 1592, guerrea Vázquez, en la misma compañía de Hernando de Isla, del Tercio de D. Antonio de Zúñiga; toma parte en los asaltos de Chateau Tierry; en el sitio de la villa de Berbi; en las empresas de la Picardía y del Artois, para limpiar los pasos a Flandes; y en mayo de 1592, en muy reñidas y sangrientas escaramuzas contra los ejércitos del Bearnés, fué mal herido Alonso Vázquez, de dos estocadas y un picazo en la muñeca derecha, y un arcabuzazo que le rompió el tobillo y canilla del pie derecho, y con estarlo tan gravemente, aún levantó una pica de los muertos y heridos que había en el campo, y la terció a un caballero coraza derribándole, hecho que originó momentánea desorganización del enemigo, al que se le hicieron algunos muertos y heridos.

El estudio de complejas causas, dió margen a que los negocios de Flandes comenzaran a decaer, se acentuara la guerra en Francia y desplegara actividad extraordinaria Mauricio de Nassau, haciendo imposible sostenerse en aquellos teatros. Apretado el célebre y sabio toledano Verdugo, y rendidas algunas plazas, todavía Farnesio se decidió a emprender en Francia nueva campaña, para ejecutar la cual, salió de Bruselas en noviembre de 1592, pero en Arrás sorprendió la muerte a tan esclarecido príncipe. El conde de Mansfelt quedó como general de las tropas que había en Flandes, y con el de Francia, en donde estaba lo más florido del ejército, el duque de Umena. Nuestro personaje asistió a todas estas acciones de Francia, operando en la Bretaña, una de las partes más atormentadas por la guerra; a ella envió Felipe II a D. Juan del Aguila, que con sus tropas se fortificó en el puerto de Port-Louis, donde era fácil conservar comunicaciones con España. Sirvió esta región de teatro a combates, emboscadas, traiciones y otras aventuras de los más ilustres caballeros de uno y otro bando.

Ni la hermosa campaña del 1595, de la cual es alma Mondragón; ni los éxitos de armas del Conde de Fuentes con bizarrísima, pero desordenada milicia, sirvieron para atajar el descalabro.

Alonso Vázquez, Capitán en estos tiempos, participó de sucesos

tan adversos, respetado de las balas, el hambre y la miseria. Y como el bravo Bearnés ahora reinaba en Francia, debió Vázquez, según lo más probable, embarcar para España en 1596 o comienzos de 1597. En este año toma parte, con una compañía que trajo de Bretaña, en la expedición para Inglaterra que salió del puerto de la Coruña el 17 de octubre, con un florido ejército y armada; cuando llegaba a 25 leguas de las islas, los temporales desencadenados en aquellos mares, dividieron la escuadra al mando del Adelantado Mayor de Castilla D. Martín de Padilla, perdiendo algunos navíos, y con los restantes, regresó a la Patria. El navío en que iba Alonso Vázquez, lo pasó tan mal, que abierto por los golpes de las olas, a fuerza de brazos le fueron desgutando, porque las bombas estaban ciegas y embarazadas.

Vázquez, como los más de su tiempo, sirvió en mar y tierra; en tierra este toledano, toma parte con resolución y bizarría en las guerras de Flandes, en donde se forma la escuela militar que asombra por sus preclaros capitanes, y sus heroicos discípulos, del corte clásico de Alonso Vázquez, que al propio tiempo que luchan cubiertos de andrajos, «roban al sueño y al descanso sus horas», para escribir cuanto presenció y obró; en el mar, presta servicios en la Armada Real del mar Océano, de la que es cabo y gobernador de toda la gente de guerra de ella y de su cargo; navega y sirve, cerca de siete años, bajo la mano de D. Diego Bochero de Anaya, gran Canciller y Comendador de Yébenes, valentísimo soldado y uno de los mejores marineros de su tiempo. Referiré una de las expediciones. Hábiale encomendado el Rey llevar en socorro cuatro mil españoles a los católicos de Irlanda; zarpó de Lisboa el 3 de septiembre de 1601, y a los 22 días de navegación, sorteó recio temporal, arriba al puerto de Quinçal, en donde deja para hacer la guerra en aquel reino a D. Juan de Aguila, Maestre de Campo acreditado, y regresa seguidamente a Lisboa, sin contratiempo alguno.

Ya en España, nuestro biografiado fué entretenido cerca de la persona del Virrey de Aragón, y con orden del Rey, gobernó de Sargento Mayor el castillo de Jaca, por ausencia del Maestre de Campo D. Fernando Girón, de Talavera de la Reina (toledano, por lo tanto), Capitán de la infantería española, que peleó y se arriscó en los mayores peligros y asaltos que hubo en las guerras de Flandes, haciéndose famoso, y después tuvo a su cargo la Casa Real de Aljafería de Zaragoza, en donde se hacía y continuaba

con mucha devoción, el milagro de la Inmaculada, para perpetuar el cual, establece cofradías y hermandades en todas las compañías de la milicia, venciendo cuántas ideas estorbaban la realización de tanta piedad.

Y por último, con la muerte de Felipe II quedó paralizada la organización de las milicias. El Consejo de Guerra, encargado de llevar a cabo la realización, presentó a S. M. el 3 de octubre de 1609, una relación en la que iban 52 capitanes para elegir de entre ellos Sargentos Mayores, que debían mandar las milicias en los distritos designados para su formación, y el Rey mandó a Alonso Vázquez a Jaén y su distrito.

Este es el soldado en 40 años de servicio; militar denodado de estas guerras que forman una verdadera epopeya; aventurero de Flandes, que con las dificultades se crece y con la lucha se agiganta; soldado a quien el peligro no arredra, ni la contrariedad debilita, ni las adversidades desmayan; combatiente tan recio, como recia es la roca sobre la cual se yergue famosa la ciudad de Toledo, que le vió nacer.

\*  
\*\*

Examinemos al escritor.

Esta famosa época, que señala el renacimiento militar de Europa, el cual se debe en la parte más principal a la gloriosa España del siglo XVI, fué inspiradora de obras extraordinarias en todos los ramos de la humana actividad, y es fecunda notablemente en lo atañadero al arte militar; pruébanlo los numerosos tratados de artillería, fortificación y arte de la guerra dados a luz en este siglo, y el buen número de historias y narraciones militares, dignas de mérito, por la suma prolijidad con que exponen los sucesos, exactitud con que les narran, y elegancia, naturalidad y rigor con que los describen.

Aquellas guerras de Italia y de Flandes, son las fuentes de la actividad guerrera, para nosotros los españoles, en la genuina acepción del arte bélico, aun cuando la parte técnica haya que buscarla ahora en estos modernos tiempos. Las que sostuvieron los españoles, en este último país, con el Duque de Alba; con Requesens y D. Juan de Austria; con Farnesio, que era una de las más grandes figuras militares del siglo XVI, porque llegó a ser el mejor general de su tiempo y uno de los primeros de todas las edades; con el Conde de Fuentes y con Spínola, con modelos inimitables por la sagacidad penetrante, el tino maravilloso y la

tenaz perseverancia que nos ofrecen en un aspecto de sus enseñanzas.

Son escritores de esta época como Alonso Vázquez, Coloma, Mendoza y Hurtado, y únicos, como historiadores militares. Coloma, es autor de una hermosa joya literaria, *La guerra de los Estados Bajos*; combatió en Flandes con Farnesio y fué excelente diplomático; Bernardido de Mendoza, fué un estilista y como historiador, sincerísimo; es un clásico militar. Su libro *Teórica y práctica de la guerra*, es un notabilísimo tratado de ciencia militar; los *Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos*, obra digna de tan esclarecido hictoriador; su madre D.<sup>a</sup> Juana Jiménez de Cisneros, era sobrina del célebre Cardenal del mismo apellido; Hurtado de Mendoza, es el insigne autor de la *Guerra de Granada*, joya de la literatura patria; fué uno de los personajes más ilustres del siglo XVI.

Los *Sucesos de Flandes y Francia*, escritos por Alonso Vázquez, componen una historia verdaderamente militar, escribe el Marqués de la Fuensanta, y pertenece al género pintoresco y narrativo que ocupa un término medio entre las antiguas crónicas y las clásicas producciones de Hurtado de Mendoza, Melo y Solís, que tan magistralmente saben relatar particulares sucesos; pero si las relaciones del Capitán Vázquez y las de otros escritores de la misma índole, no pueden competir por el arte, por el estilo y la elocuencia con las obras de los ilustres historiadores citados, no por eso dejan de ser utilísimas para el fin supremo, que es el cabal conocimiento de los hazañosos hechos de nuestros mayores, porque tratándose de historia, la verdad objetiva tiene más precio que el retórico artificio y la noble lealtad de la narración vale incomparablemente más que todas las galas y sentencias.»

La dicción es fácil y castiza, corre al compás de los sucesos, y al tomar vuelo y remontarse, es robusta, briosa y elocuente, produciendo «primores de lenguaje, bellezas de estilo y robustos acentos de militar elocuencia.»

«Alonso Vázquez empieza su historia con un tono tan alto y vigoroso, que nos recuerda a Hurtado de Mendoza, o, por mejor decir, a Salustio, a quien seguramente ambos imitaron. Describe luego con muy grato y vivaz colorido los Países Bajos, su organización política, ciudades principales, costumbres de sus moradores, ríos, temperatura, edificios, climas, frutos, diques, aspecto de los campos y disposición del terreno, y una vez dado

a conocer el teatro de las campañas y glorias de los esforzados españoles, nos presenta llenas de vida y verdad las colosales figuras de D. Juan de Austria y de Alejandro Farnese, como el autor siempre le llama; y en seguida vemos desfilar ante nuestros ojos aquella gloriosa falange de insignes caudillos, como Verdugo, Mondragón, Bobadilla, Martínez de Leiva, Pedro de Paz y D. Lope de Figueroa, el cual recibió doble vida y fama del inmortal Calderón, que lo eterniza en su *Alcalde de Zalamea*.

«Nuestro autor sabe dibujar caracteres, juzga con rectitud los actos y disposiciones, penetra con sagacidad los designios de amigos y enemigos, discurre con acierto en materia de guerra y mando, elogia, censura y califica los encuentros, asaltos y demás hechos de armas, con la discreción propia de un consumado maestro de milicia.»

«Refiérense en los Anales casos raros en la guerra, industrias y artificios nunca hasta entonces ejercitados, como la estacada y máquina del portentoso asedio de Amberes; temerarias y asombrosas facciones de los temidos españoles, esguazando ríos o corrientes durante largas horas y distancias, con el agua hasta los pechos, en las tinieblas de la noche, azotados de la lluvia y el viento, y además por los arcabuzazos enemigos, reñidas y porfiadas peleas, hallándose entre dos aguas y teniendo sólo un estrecho dique por campo de batalla; luchas desiguales, abrumadoras y prolongadas, no ya con los hombres, sino contra las inclemencias del cielo, contra los pantanos en la tierra, y contra el sueño, la humedad, el frío, la desnudez y el hambre; y, por último, arranques inauditos y supremos de valentía y heroísmo en nuestra indomable gente, acometiendo a nado y con la espada en la boca a las naves enemigas, asaltándolas y enseñoreándose de ellas; hazaña jamás vista en el mundo; y maravillosa fiereza, escribe el autor, de que sólo es capaz la nación española.»

Esta su obra, repertorio de hazañas y archivo de glorias nacionales, dedicada al notabilísimo drama de Farnesio, es la que nos ha servido para redactar la biografía del ilustre toledano Alonso Vázquez, soldado e historiador; como soldado, es celoso, valiente y héroe; como historiador, confirma el dicho de Eurípides: «ser necesario a los hombres nobles, tener siempre delante uno como cristalino espejo, la vida de algún héroe en que imitar los hechos famosos y hacerles propios con imitarlos.» Llانةza y naturalidad son sus principales atractivos; narra lo que sus ojos

ven, y recuerda sus propios lances, sus propias y ajenas desventuras, siempre ennoblecidas por el peligro.

¿Cuándo debió acabar su vida? Hacia los años de 1625 o 1626. Longevidad tan larga consagrada al servicio de las Armas y las Letras parece un prodigio; mas, no importa averiguarlo; estas figuras son de la historia y no mueren; si en esta ocasión dedicamos un panegérico a tantos héroes toledanos, y, singularmente, a Alonso Vázquez, sirvan de lección educadora estos personajes del siglo XVI, para recordar nuestras glorias, presentándolas como testimonio de lo que fuimos y volveremos a ser el día en que el espíritu nacional despierte, y afirmar, que la raza, con labor perseverante y voluntad decidida, puede modificarse, purificando su sangre empobrecida, templando el erotismo de sus nervios, y fustigando sus decadentes desvarios, si llega a imitar estos gloriosos modelos que la guerra templó. Sí, que la guerra templó; pues ella ha dado la fe y el entusiasmo a los hombres y a los pueblos; ha creado los épicos cantos; levantado los famosos templos; inspirado los cuadros de los pintores; ideado los tapices damasquinados toledanos; infundido a todo su soplo robusto y vivificante, y grabado, en fin, en nuestra conciencia la hermosa religión del sacrificio, rara virtud en corazones que no son tan grandes como los de aquellos hombres.

Si tenemos fe, y creemos en Dios, la *Patria* será grande.

**Herardo García Rey**

**Numerario.**

---

## ILUSTRACIONES

---

(1) *D. Gabriel Niño*, fué hijo tercero de *D. Juan Niño*, Señor del Mayorazgo de Mazarambroz, y de *D.<sup>a</sup> Isabel de Zúñiga*, su mujer, hija de los Señores de Montalvo y de Hito. Fué Comendador de las Casas de Córdoba, de la Orden de Calatrava, Maestre de Campo general en Portugal y Capitán general de Orán. Este linaje de los *Niños*, tuvo casas solariegas en Toledo, y de él proceden los Condes de Añover y de Arcos.

*D. Gabriel* era natural de Toledo. Tomó parte en Flandes con *D. Juan de Austria*, sirviendo como Consejero de Guerra suyo. Nada resolvía este caudillo que no fuese juzgado por maduro consejo, en el que tomaba parte con *Farnesio*, el Conde *Mansfelt*, *Octavio de Gonzaga*, *Juan Bautista de Tassis* y algún otro, para aconsejarse con ellos y tomar resolución.

Tomó parte en el asalto a la villa de Siquem y otros muchos hechos de armas. Consejero de Guerra también de Alejandro Farnesio, fué tan acertado en los pareceres que le dió, según escribe Alonso Vázquez, que emprendió con ellos muchas y buenas ocasiones, y se las ayudó a ejecutar con tan gran denuedo y osadía, que fué asombro de los rebeldes de Flandes y alcanzó en aquellos Estados muchas victorias. Fué muy conocido por su persona; dió ventajas a muchos Capitanes de su tiempo; a los que tuvo debajo de su mano conservó en muy buen uso y disciplina militar, siendo tan gran maestro de ella que dió mucho ejemplo a todos los ejércitos de España.

Murió en Orán.

(2) *D. Francisco de Padilla*, natural de Toledo, fué "una de las mejores lanzas que en su tiempo hubo..". El célebre Mondragón, Gaspar de Gurea, Vicente Castellani, Alonso de Avalos, Manuel Ponce de León y otros Capitanes de Flandes, que le conocían, certifican, como consta de *Documentos del Archivo de Simancas*, que nos han facilitado, que en 1567, pasó desde Sicilia a Flandes en la jornada que el Duque de Alba hizo a estos Estados, en el Tercio de D. Julián Romero y en la compañía de D. Lope de Figueroa. En Flandes con aquel caudillo se halló contra Ludovico en Fleuce; contra el de Orange en Mos de Enos; con D. Fadrique de Toledo, en Mos, San Guillén, Arle y Alquemar, en donde fué herido, según hace constar Castellani del Castillo de Brindes.

Regresó después de estas operaciones al Reino de Nápoles y, en 1582, entró nuevamente en los estados de Flandes, formando parte del Tercio del Maestre de Campo Pedro de Paz. Se halló con Farnesio en el memorable sitio de Maestricht, y en Lillo y Amberes, como soldado. Volvió a Nápoles y aquí sentó plaza de soldado en la compañía de picas de Andrés de Enea Lozano, en 5 de enero de 1594; en marzo del siguiente, pasó a la compañía de Alonso de Acevedo, en la que fué sargento y Alférez, y más tarde Capitán de Milicias de a pie. En 1602 fué nombrado Capitán de Caballos.

"Fué hechura de Alejandro, escribe Vázquez, sirvió de Capitán de Infantería en aquellas guerras con tanta bizarría y valor, que pocos se le igualaron; y en tiempo que fué Capitán de lanzas en Flandes y Francia, no se le halló igual a la suya; era este animoso caballero temido de los enemigos, y siempre que se vió con ellos a las manos salió vencedor, que es lo que un Capitán de buena fortuna puede desear; fué Maestre de Campo en la Armada Real del mar Océano, siendo General de ella D. Martin Padilla, Adelantado Mayor de Castilla..".

(3) *D. Pedro de Castro*, es una figura interesantísima en la historia de Farnesio; fué su Armero Mayor, Gentilhombre de su Cámara y criado antiguo de su Casa, el mayor Privado que Príncipe tuvo y persona en quien cabían muy grandes merecimientos.

Nació en Toledo por los años de 1523 a 1525. También fué Gobernador de las villas de Diste y Liao, y por no apartarle Farnesio de su lado, no le ocupó en mayores cargos, pero alcanzó del caudillo muy señaladas honras y favores, que "las repartió en todos los soldados que tenían merecimientos de cualquier acción y calidad que fuesen, porque les hizo dar muchos y honrosos oficios militares, con que alcanzó nombre de muy virtuoso y prudente español, y lo fué tanto, que compuso por buenos medios muchos y graves negocios, y tan celoso de su nación, que deshizo las emulaciones de otras, con que siempre satisfizo a todas y agradó a su amo, y tuvo en buena amistad y conformidad a las cabezas

y ministros del Ejército, haciendo a todos muy buenos oficios; peleó en las ocasiones de la guerra con tanta osadía como el que más; es hoy (comienzos del siglo XVII) uno de los Capitanes del Rey Católico, digno de mayores cargos, así por sus muchas y buenas partes como por sus grandes merecimientos.,

D. Pedro de Castro comenzó a servir en la casa de Farnesio, desde la primera edad de éste, y en 1576, con ocasión de pasar Alejandro a la ciudad de Florencia, de los estados de su padre el Duque Octavio, despachó a D. Pedro, Ayuda de su Cámara y privado ya, para que le hospedase y regalase. En 15 de octubre de 1577, desde Alejandría a donde partió Alejandro al socorro de don Juan de Austria, se le envió a Milán con un despacho al Marqués de Ayamonte para que diese aviso a su madre Doña Margarita de Austria y al Príncipe de la orden que tenía del Rey.

En 1579, tomó activísima parte en el sitio de Maestricht, transmitiendo órdenes, y en 1580, trata al Conde de Mansfeldt, al famoso Coronel D. Cristóbal de Mondragón, al Conde de Kentín, al Marqués de Rubes y a tantos ilustres personajes que rodeaban a Alejandro. En este tiempo D. Pedro de Castro supo de un español que el cuerpo de la gloriosa Virgen y mártir Santa Leocadia, estaba en la rica abadía de San Gislén de Tella, junto a Mons, dirigida por monjes Benitos, y le pidió con grandes encarecimientos a Alejandro, procurase que el cuerpo de esta gloriosa Santa, por ser patrona de Toledo y nacida en esta Imperial Ciudad, se llevase a ella.

Escribe Alonso Vázquez, que Alejandro, que deseaba darle gusto, lo procuró con grandísimas veras, habiendo escrito sobre ello al Rey Católico su tío, y Su Majestad fué servido de concedérselo y enriquecer con tan grande reliquia a su ciudad de Toledo. Alejandro lo sometió al Padre Miguel Hernández, de la Compañía de Jesús, natural de Mora (Toledo), que servía de administrar los Santos Sacramentos en el Ejército Español y en la Corte de Alejandro; y habiéndole dado la orden y comisión necesaria para este efecto, y el buen religioso hecho las mayores diligencias para conseguir su deseo, lo puso por obra, y fué a la villa a sacar de la abadía el cuerpo y reliquias de la Virgen y mártir Santa Leocadia para trasladarla a Toledo, en presencia del Mariscal de Campo don Pedro de Paz y de otros muchos capitanes y particulares soldados. Ajeno a este estudio, es discurrir acerca de la traslación de esta Santa, desde Amberes para España y Toledo; referir cómo se escolta por tropas de infantería y caballería hasta salir de los estados de Flandes, y dar cuenta de lo desolada que quedó de su partida la infantería española, y cómo la echaron de menos en sus trabajos y tribulaciones. Lo cierto es, que al Capitán D. Pedro de Castro, cabe la gloria de este hallazgo que tuvo prósperos y felices sucesos. Para historiadores y cronistas toledanos, ha pasado desapercibida la figura de este Capitán y gran Privado de Alejandro.

En el famoso sitio de Amberes, fueron extraordinarios, la discreción y talento de Pedro de Castro; él decía a Farnesio cuantas observaciones no se atrevía a hacer las personas de su Consejo de Estado y Guerra; desempeñó comisiones arriesgadas cerca de los rebeldes; tomó parte en la capitulación y canje de ilustres prisioneros; en la publicación de los pactos y conciertos, y con Farnesio entró en Amberes.

Lo mismo en el socorro de París en 1590, que en otras sucesivas concurrencias, Pedro de Castro, es el más leal criado que jamás Príncipe tuvo,

demostrándolo abundantemente al acaecer, en 1592, la muerte de Alejandro Farnesio.

(4) *D. Rodrigo Lasso*, toledano, de calidad distinguida, servía en 1590 en la compañía de Antonio de Mosquera, la cual pertenecía al Tercio del Maestre de Campo D. Manuel de Vega, que estuvo en la Frisa con el célebre Coronel toledano D. Francisco Verdugo. Por orden del Conde de Mansfelt, se trasladó al Brabante con su Tercio, en donde inveró, y alterado por la falta de pagas, la única compañía que no se amotinó fué la de Lasso, por el mucho cuidado y diligencia de su Capitán y la prudencia de su Alférez. Siempre esta compañía estuvo firme y constante en el servicio del Rey; servían en ella, los títulos siguientes: un nieto de Chopin Veteli y los Mariscales de Campo D. Alonso de Idiáquez, D. Sancho Martínez de Leiva, D. Manuel Vega y *D. Rodrigo Lasso*; éste, con el Maestro de Campo D. Alonso Lusón y D. Diego Pimentel, Mariscal de Campo, quedaron presos en Inglaterra cuando lo jornada que hizo a ella, en 1588, el Duque de Medinasidonia, y después de haberles rescatado Farnesio pasaron a Flandes, donde sirvieron cerca de su persona en todas aquellas guerras y las de Francia honradísimamente. Todos estos señores, con otros agregados en número de 400, por ser muy particulares, servían con picas, y se les daba su cuartel aparte en campaña. Tomó parte en muchas acciones de armas con el Príncipe Farnesio contra Bearnés, y mandó como Capitán dos compañías de caballos españoles, una de lanzas y otra de arcabuceros de la guardia del Archiduque Alberto, y fué de su Consejo de Guerra en Flandes.

(5) En febrero de 1578, en el asalto a la villa y castillo de Siquem, se señaló, como valiente soldado, *Alonso de Vargas*, natural de Toledo, que era Sargento del Capitán D. Gaspar Ortiz.

Fué soldado valiente y de opinión el Capitán *D. Luis de Herrera*, de Toledo.

*D. Luis de Avalos*, fué gobernador del castillo de Selubal, terminadas las guerras en los Países Bajos. Perdió un ojo en el sitio del fuerte y castillo de Lille.

En la memorable empresa de Amberes se distinguió el talaverano *D. Fernando Girón*, que fué Maestre de Campo reformado y del Consejo Supremo de Guerra del Rey, y con ser entretenido cerca de la persona de Alejandro, todo el tiempo que duró el sitio, estuvo en el puente y estacada, sirviendo como el más mínimo soldado en la compañía del Capitán D. Pedro Manrique.

En los últimos asaltos al fuerte de San Jorge en Amberes, hirieron los enemigos a *D. Pedro de Avalos*, Alférez del Capitán D. Miguel Benítez, el cual peleó con mucha gallardía. También se señaló en estas acciones otro soldado de Toledo, *Alonso de Mesa*, que en los primeros años del siglo XVII llegó a ser Sargento Mayor en Pamplona.

Camaradas de *Alonso Vázquez*, y que se señalaron en los asaltos que el ejército dió a la villa de Corbel en 1590, fueron, Pedro Díaz, natural de Ocaña, y Juan González Beaza, natural de Toledo.